



UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA
FACULTAD DE PSICOLOGIA

Trabajo Final de Grado
Modalidad: Monografía

Deseo y Agresividad: una aproximación
psicoanalítica.

Montevideo, 15 de Febrero, 2016

Autor:

Pablo Martinez Hernández

C.I.: 4.453.651-0

Tutora: As. Verónica Pérez Horvath

Índice.

Resumen.....	2
1 - Introducción.	3
2 - Primera parte: <i>Deseo y Agresividad en Freud y Lacan.</i>	4
2.1- <i>La noción de Deseo a partir de Freud.</i>.....	4
2.2 - <i>Continuando desde Lacan.</i>.....	7
2.3 - <i>La noción de Agresividad desde Lacan.</i>	11
2.3.1- <i>Rol del Estadio del espejo.</i>	12
2.3.2 - <i>El aporte de La Relación de Objeto.</i>	14
2.4 - <i>La Agresividad en la obra de Freud.</i>.....	19
2.4.1 - <i>La pulsión agresiva.</i>	19
2.4.2 - <i>La relación entre el Amor y el Odio.</i>	22
2.4.3 - <i>Un acto de amor: el deseo de la muerte del padre.</i>	23
2.5 - <i>Los puntos de inflexión en Freud y Lacan.</i>	25
3 - Segunda parte: <i>La dimensión subjetiva del Deseo y la Agresividad. El Sujeto social.</i>	26
3.1- <i>El Tótem de Freud: La Cultura.</i>	27
3.2 - <i>La Agresividad en el contexto social actual.</i>.....	28
3.2.1 - <i>Los vértices de nuestro tiempo: distintas perspectivas desde dónde pensar.</i>	29
4- Consideraciones finales.....	37
5- Referencias.....	41

Resumen.

En el presente Trabajo Final de Grado se abordan desde la perspectiva psicoanalítica las nociones de Deseo y Agresividad.

Como eje central de esta monografía se pretende en un primer momento, analizar la relación entre ambas conceptualizaciones, intentando visualizar si en la constitución del deseo del sujeto existe la posibilidad de encontrar aspectos que despierten en él tendencias o actitudes agresivas. Para realizar tal cometido, se exponen las teorías de dos de los máximos exponentes de la disciplina psicoanalítica como lo son Freud y Lacan, quienes desde distintos contextos y miradas brindan elementos categóricos para pensar sobre la problemática planteada.

Asimismo en un segundo momento, se intenta realizar una aproximación al tema de la agresividad en el contexto social actual. Para tal finalidad, se exhiben diversos artículos y trabajos de distintos autores, principalmente rioplatenses, los cuales desde diferentes ámbitos académicos y profesionales piensan, reflexionan y discuten sobre el tema.

PALABRAS CLAVE: Deseo, Agresividad, Psicoanálisis.

1 - Introducción.

“Y ahora cabe esperar que el otro de los dos “poderes celestiales”, el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. ¿Pero quién puede prever el desenlace?” (Freud, 2008/1929-1930, p. 140).

El presente trabajo tiene como finalidad brindar desde el abordaje psicoanalítico un modo para pensar la problemática de la *Agresividad* y su relación con el *Deseo*.

La importancia de analizar esta temática tiene principalmente dos puntos de anclaje. Por un lado, el interés por afrontar la cuestión de la *Agresividad* pensada ésta como un aspecto inherente a la condición humana; un segundo punto, lo constituye la noción de *Deseo*, siendo éste considerado como estructurante de la vida anímica del sujeto.

Uniendo estos dos puntos podemos formular la siguiente incógnita que guiará la tarea y a la cual delimitamos así: *¿Existirá algún aspecto en la constitución del deseo del sujeto que suscite en él tendencias agresivas?* En caso de que así sea, será necesario analizar qué es lo que ocurre con ese sujeto y principalmente qué sucede con su deseo.

Ahora bien, no se tratará aquí de problematizar acerca de las distintas formas de manifestación de la agresividad, ni tampoco de abordar el tema como un fenómeno necesariamente social, sino que fundamentalmente se pretende hacer foco en el propio *Sujeto*. En otras palabras, se intentará pensar acerca de qué es lo que facilita o promueve en él una actitud agresiva.

Para ello, se pretende realizar una tarea que esté dividida en dos partes. En la primera se abordarán las nociones de *deseo* y *agresividad* desde las visiones de dos de los máximos exponentes del psicoanálisis como lo son Freud y Lacan. La segunda parte del trabajo, se abocará a problematizar cómo se vinculan estas cuestiones en el contexto social actual, intentando ver cómo el psicoanálisis trabaja al respecto, viendo sus abordajes y perspectivas.

Finalmente, vale aclarar que el estudio de tal cuestión desde la visión del psicoanálisis se sitúa fundamentalmente en el interés en esta disciplina por parte de quien escribe, y también por considerar que la misma aporta herramientas teóricas y clínicas que permiten problematizar sobre la temática en cuestión.

2 - Primera parte: Deseo y Agresividad en Freud y Lacan.

Como inicio de la tarea consideramos conveniente empezar desarrollando los conceptos claves que abordará gran parte de este trabajo. En tal sentido comenzaremos por esbozar las nociones de deseo y agresividad tal como los piensa y desarrolla el psicoanálisis. Empezaremos este camino entonces, desarrollando primeramente la noción de deseo, para luego hacer lo propio con la noción de agresividad. En ambos casos proponemos hacer el recorrido por estas cuestiones como ya dijimos, desde las visiones y trabajos de Freud y Lacan. Iniciamos entonces presentando la noción de *Deseo*.

2.1 - La noción de Deseo a partir de Freud.

¿Cómo conceptualiza y desarrolla Freud la noción de Deseo? Para tratar de comprender el proceso del autor sobre esta noción, es necesario mencionar inicialmente su obra acerca de la *Interpretación de los sueños*, de los años 1900-1901. En ella, Freud plantea que luego de realizado un trabajo de interpretación completo del sueño, éste se da a conocer como cumplimiento de deseo. Dice Freud:

Si se sigue el método de interpretación de los sueños aquí indicado, se hallará que el sueño tiene en realidad un sentido y en modo alguno es la expresión de una actividad cerebral fragmentada, como pretenden los autores. *Después de un trabajo de interpretación completo el sueño se da a conocer como cumplimiento de deseo* (Freud, 2008/1900, p. 141, párr. 2).

Posteriormente, Freud se pregunta de dónde proviene el deseo que se realiza en el sueño. La respuesta se encuentra en la relación entre la vida diurna (consciente) y una actividad psíquica que permanece inconsciente. En cuanto al deseo, Freud propone tres posibles causas para su formación en el sueño: un primer caso, en donde se trata de una excitación que se produce durante el día, pero que no pudo consumarse (deseo admitido y no tramitado); una segunda causa, en donde tal excitación fue desestimada, y por tanto queda pendiente (deseo no tramitado y sofocado); y una tercer causa, en donde la excitación no está vinculada con la vida diurna, sino simplemente con esos deseos que solo sobrevienen en la noche (deseo sofocado). Posteriormente, Freud establece una cuarta causa, vinculada con los deseos actuales que se despiertan en el transcurso de la noche (como por ejemplo, el estímulo de la sed, o la necesidad sexual) (Freud, 2008/1900-1901, p. 544).

Continuando en esta línea, Freud señala que el no cumplimiento de deseo durante la vigilia, no alcanza para generar un sueño en el adulto, y que por tanto se necesita del *Inconsciente* para su gestación. Respecto a esto apuntará el autor: “*Me imagino las cosas así: el deseo conciente sólo deviene excitador de un sueño si logra despertar otro deseo paralelo, inconsciente, mediante el cual se refuerza*” (Freud, 2008/1900-1901, p. 545, párr. 3).

Finalmente, Freud se propone analizar la naturaleza psíquica del desear, planteando que con el advenimiento de la primera teoría del *Aparato psíquico*, el cual está conformado por *Sistemas [Inconsciente (Icc.), Preconsciente (Prcc.) y Consciente (Cc.)]*, nace una nueva forma de pensar al deseo.

Vale aclarar que anteriormente a esta nueva visión, se consideraba al aparato psíquico como un aparato reflejo que permitía la descarga de la excitación naciente de una necesidad de forma más o menos rápida por la vía motriz. Sin embargo, con esta nueva teoría (Aparato Psíquico en Sistemas) Freud plantea que la excitación que brota de la necesidad no responde a una energía necesariamente momentánea, sino a una que se moviliza continuamente. Sobre esto nos dice Freud:

Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (la nutrición, en nuestro ejemplo) cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera. Una moción de esa índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo (...). (Freud, 2008/1900-1901, p. 557-558).

Puede decirse entonces, que para Freud el deseo ocupa el primer plano en la teoría psicoanalítica y está permanentemente ligado a las primeras experiencias de satisfacción. Pero no solo eso, sino que además permite entender la importancia de los sueños, de la reproducción alucinatoria y de la fantasía en dónde el deseo es capaz de ser realizado.

Si pensamos en el bebé podemos decir sin duda alguna, que su deseo está emparentado con el pecho materno (si tomamos el ejemplo de la nutrición) como objeto de deseo, como objeto primordial. El pecho de la madre satisface su necesidad de alimento. El bebé llorará y la madre interpretará la necesidad de alimento de su

hijo, la solicitud del pecho materno se hace sentir y la madre se hará presente y responderá a la demanda. Así las cosas parecen marchar relativamente bien, el niño demanda y la madre responde. Pero cuando el objeto no se haga presente (ausencia de la madre) tal demanda no será satisfecha y éste se frustrará. Aquí el objeto que satisface la necesidad, no está, o mejor dicho, falta. Este proceso, generará en el psiquismo del niño a partir de la percepción de la satisfacción inicial (huella mnémica) un movimiento constante de búsqueda de ese objeto que falta; esto supone considerar al *deseo como insatisfecho*, y al *objeto como perdido*. Así se explica porqué para Freud el deseo implica un motor necesariamente continuo y la justificación también de encontrar en el soñar su realización, siendo solo allí dónde el bebé accederá a la representación del pecho materno como realización de su deseo.

Posteriormente y en cuanto a la idea de *objeto perdido* que mencionábamos recién, vale aclarar que Freud en sus *Tres ensayos de teoría sexual* de 1905, propondrá pensar a éste como un objeto vuelto a encontrar a partir del estudio de la sexualidad infantil. Es así que señala la idea de objeto "*recontrado*" o "*redescubierto*". Nos dirá Freud:

Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno. Lo perdió sólo más tarde, quizá justo en la época en que el niño pudo formarse la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción. Después la pulsión sexual pasa a ser, regularmente, autoerótica, y sólo luego de superado el período de latencia se restablece la relación originaria. No sin buen fundamento el hecho de mamar el niño el pecho de su madre se vuelve paradigmático para todo vínculo de amor. El hallazgo {encuentro} de objeto es propiamente un reencuentro (Freud, 2008/1905, p.202- 203.).

Esta composición que hacemos de la obra freudiana permite entender la importancia de la noción de deseo como imprescindible para el desarrollo psíquico del sujeto; constituyéndose así como uno de los conceptos más fundamentales para la teoría psicoanalítica. Se trata finalmente de concebir al deseo como el motor de la vida anímica del animal humano, a través de la búsqueda de ese objeto originario y perdido.

Pasemos ahora a ver cómo trabaja acerca de esta noción Lacan.

2.2 - Continuando desde Lacan.

Siguiendo con el estudio de la noción de deseo, surge la necesidad de traer a colación los aportes de Jacques Lacan sobre esta temática. De acuerdo a lo recién presentado desde la obra freudiana, resulta evidente pensar al deseo como una búsqueda permanente de los objetos de satisfacción, búsqueda instaurada desde el objeto perdido originario, es decir el pecho materno.

Es a partir entonces de lo trabajado con Freud, e intentando establecer un hilo conductor en el estudio de esta noción entre ambos autores, que nos proponemos analizar la misma desde la obra lacaniana, haciendo principal énfasis en una idea fundamental que nos brinda el autor. Dicha idea es la que expone en el *Seminario: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, en dónde intenta pensar el deseo en relación a un Otro. Dirá entonces, de acuerdo a esta lectura, que *el deseo del sujeto es el deseo del Otro*, y más aún, la traducción que puede hacerse acerca de esa afirmación consiste en pensar que para subjetivarse, es necesario situarse, inicialmente, como objeto de deseo del Otro (Lacan, 1964).

Esta aseveración que hace Lacan, tiene su fundamento en lo que él desarrolla acerca de la *función del padre*, descrita en el *Seminario: Las Formaciones del Inconsciente*, más concretamente en el desarrollo teórico sobre lo que denominó *Los tres tiempos del Edipo*. En este punto el autor plantea la relación ternaria niño-madre-padre como una relación simbólica dada por la aparición del padre en escena (Lacan, 2013/1958, p. 186). Esto es importante, ya que Lacan señala que previamente a la simbolización, la relación del niño con la madre se daba en el plano de lo real, dado que ésta constituía el contacto del niño con mundo exterior, característica propia de la indefensión del infante, tal como vimos con Freud.

Es entonces mediante la percepción del niño de la presencia paterna que la relación adquiere un valor simbólico, en dónde el niño que hasta el momento experimentaba una dependencia absoluta hacia la madre, mejor dicho, hacia el deseo de la madre, pasa ahora a partir de este proceso de simbolización a desprenderse precisamente de esa dependencia, para como dice el autor, *subjetivarse* en un nivel primordial o primitivo. ¿Qué implica esto? Implica que la madre a partir de ahora puede estar o no estar; lo cual enlaza un cambio en deseo del niño, en dónde ya no deseará lo que la madre le pueda brindar, sino que irá un paso más allá, en otras palabras su deseo será el deseo de lo que la madre desea (Lacan, 2013/1958, pp.187-188).

Ahora bien, ¿Qué es lo que la madre desea? Lo que ella desea es el *falo* como *registro imaginario de su deseo*, y a su vez, como lugar *simbólico de la función de padre* (Lacan, 2013/1958, p.189). Es aquí dónde para Lacan el padre emerge como mediador simbólico entre el deseo de la madre y del niño. Así, la función del padre se establece como el punto nodal del Edipo. Lacan dice al respecto:

La experiencia analítica nos demuestra que el padre, en tanto que priva a la madre del objeto de su deseo, especialmente del objeto fálico, desempeña un papel del todo esencial, no diré en las perversiones sino en toda neurosis y a lo largo de todo el curso, aunque sea el más sencillo y normal, del complejo de Edipo. En la experiencia siempre verán que el sujeto ha tomado posición de cierta forma en un momento de su infancia respecto del papel desempeñado por el padre en el hecho de que la madre no tenga falo. Este momento nunca está elidido (Lacan, 2013/1958, p.190, párr. 3).

Este carácter del padre como portador de la privación de la madre y de poner al niño en el lugar del falo, no implica otra cosa que la asunción por parte del padre del lugar de Ley, lugar sobre el que profundizaremos al desarrollar lo que a este punto nos tiene para decir Freud. Pero lo importante aquí, pasa por determinar qué ocurre con el deseo del niño. Sobre esto nos dice Lacan, que el infante puede tomar dos caminos, aceptar o no la privación del falo en la madre mediada por la función paterna. Lo que se proyecta aquí entonces, es la cuestión por parte del niño de ser o no ser el falo de la madre, constituirse o no como objeto de su deseo (Lacan, 2013/1958, p.191). Y más aún, se trata de saber como el niño accede a ese lugar de deseo de la madre, es decir cómo se constituye como falo.

Estamos entonces, frente al *primer tiempo del Edipo*, marcado por la relación del niño con el deseo de la madre, por tanto un deseo de deseo. Frente a esto nos dice el autor:

Lo que hay que entender es que este deseo de deseo implica estar en relación con el objeto primordial que es la madre, en efecto, y haberla constituido de tal forma que su deseo pueda ser deseado por otro deseo, en particular el del niño (Lacan, 2013/1958, p. 204, párr.5).

Profundizando en este primer tiempo del Edipo, Lacan plantea la necesidad de pensar al falo como un objeto universal (Lacan, 2013/1958, p. 205). Esta concepción sitúa al falo como centro de toda la *dialéctica subjetiva* en la relación del infante con la madre. Es en este momento en dónde el niño recibe el mensaje que Lacan nos dice es un *mensaje en bruto* del deseo de la madre, el cual le permite situarse en el lugar del

Otro, constituyéndose como objeto de deseo de la madre. De esta forma él (infante) logra satisfacer su deseo de deseo (Lacan, 2013/1958, p. 207). A este desplazamiento el autor lo denomina como la *identificación primitiva*: “Consiste en este intercambio que hace que el Yo (*Je*) del sujeto vaya al lugar de la madre como Otro, mientras que el Yo (*Je*) de la madre se convierte en su Otro” (Lacan, 2013/1958, p. 207, párr. 6).

Comienza así entonces, el *segundo tiempo del Edipo*, marcado ahora sí por la presencia del padre como interlocutor del deseo de la madre. Lo que ocurre aquí es que el mensaje que el niño recibía en *bruto* de la madre (como decía Lacan) en un primer tiempo, ahora pasa a estar mediado por la palabra del padre, palabra que enuncia una prohibición, o en palabras de Lacan, un *no* que el niño recibe allí en dónde se situaba el mensaje de la madre (Lacan, 2013/1958, p. 208). Esta situación es la que el autor denomina el *momento privativo del complejo de Edipo*, en dónde el niño se verá discutido en su lugar de objeto de deseo de la madre. Este tiempo tiene desde la visión lacaniana una enorme importancia ya que permite el pasaje al tercer tiempo, en dónde se planteará la salida de la situación Edípica. Planteará Lacan:

Si puede establecerse la tercera relación, la etapa siguiente, que es fecunda, es porque el niño es desalojado, y por su bien, de aquella posición ideal con la que él y la madre podrían satisfacerse, en la cual él cumple la función de ser un objeto metonímico. En efecto, entonces se convierte en otra cosa, pues esta etapa supone aquella identificación con el padre de la que les hablé la última vez y el título virtual para tener lo que el padre tiene (Lacan, 2013/1958, p. 209, párr. 2).

Finalmente en el *tercer tiempo del Edipo*, lo que ocurre es que la relación entre el padre y la madre que discurría en el plano simbólico, pasa ahora al plano nuevamente de lo real, en dónde superada la prohibición del padre hacia el infante, éste último descubre la potencia del padre, en lo que Lacan plantea como potencia en el sentido plenamente genital del término. En otras palabras si la madre lo que desea es el falo, ahora lo puede recibir del padre, por la sencilla razón de que él lo tiene, aquí el falo adquiere el valor más crudo de la virilidad masculina. Esto es lo que permite la salida del complejo de Edipo. Y terminará diciendo el autor:

Dicha salida es favorable si la identificación con el padre se produce en este tercer tiempo, en el que interviene como quien lo tiene. Esta identificación se llama *Ideal del yo*. Se inscribe en el triángulo simbólico en polo donde está el niño, mientras que en el polo materno empieza a constituirse todo lo que luego será realidad, y del lado del padre es dónde empieza a constituirse todo lo que luego será superyó (Lacan 2013/1958, p. 200, párr. 6).

Todo lo que aquí desarrollamos en cuanto a la visión del Edipo en Lacan, lo profundizaremos luego cuando analicemos con más profundidad esta situación clave en la vida del sujeto desde la obra freudiana. Sin embargo, la importancia de haber abordado la situación Edípica desde la perspectiva lacaniana, radica en hacer evidente la *constitución subjetiva* del deseo del sujeto, considerado éste como deseo del Otro, profundizar en ésta afirmación, demostrando sus vicisitudes y momentos.

Continuando con el abordaje de la noción de deseo, Lacan dirá que el sujeto no satisface su deseo, sino que en realidad lo que ocurre es que goza de desear, siendo ésta, una dimensión clave de su goce. En este sentido revela que la experiencia psicoanalítica supone necesariamente pensar al deseo vinculado al masoquismo (Lacan, 2013/1958, p. 321). Posteriormente en el mismo Seminario (Lacan, 1958) expresará que el deseo adquiere la condición absoluta con relación a Otro; en sus propias palabras:

El deseo, sea el que sea, en estado de puro deseo, es algo que, arrancado del terreno de las necesidades, toma forma de condición absoluta con respecto al Otro. Es el margen, el resultado de la sustracción, por decirlo así, de la exigencia de la necesidad con respecto a la demanda de amor. Inversamente, el deseo se presentará como lo que, en la demanda de amor, es rebelde a toda reducción a una necesidad, porque en realidad eso no satisface a nada más que a sí mismo, es decir al deseo como condición absoluta (Lacan, 2013/1958, p. 390, párr. 5).

Mas adelante en el mismo texto, Lacan distinguirá los mecanismos de acceso al deseo según se trate de una histérica o de un obsesivo. En el primer caso, el deseo de la histérica no es deseo de un objeto, sino que es un deseo de deseo, deseo que se convoca donde se encuentra el deseo del Otro. En cambio en el obsesivo, el sujeto camufla su deseo produciendo un deseo prohibido, Lacan establece que el obsesivo le hace soportar su deseo al Otro a través de la prohibición, siendo ésta, la prohibición del Otro (Lacan, 2013/1958, p. 423).

Para finalizar este breve abordaje de la obra Lacaniana sobre esta noción, es menester expresar que para el autor, el deseo es lo que mueve la vida anímica del sujeto, coincidiendo por tanto, con lo que vimos en Freud. Y nos dice al respecto:

El deseo es lo que pone propiamente en cuestión toda la economía del sujeto, y está implicado en lo que se revela en el análisis, o sea, en lo que se pone a moverse en la palabra, en un juego de oscilación entre los significantes pegados a la necesidad, por decirlo así, y lo que resulta, más allá de la articulación signifiante, de la presencia

constante del significante en el inconsciente, en tanto que el significante ya ha modelado, formado, estructurado al sujeto. En esta zona intermedia es donde se sitúa el deseo, en cuanto deseo del Otro. (Lacan, 2013/1958, p. 450, párr. 4).

Resumiendo, y desde esta perspectiva, el deseo es para Lacan una búsqueda que el sujeto debe hacer en el Otro, como lugar de la palabra, siendo entonces un deseo estructurado en el lugar precisamente de ese Otro (Lacan, 2013/1958, p. 450, párr. 4).

2.3 - La noción de Agresividad desde Lacan.

Extendemos esta primera parte de la tarea presentando los aportes de Freud y Lacan, ahora sobre la noción de agresividad. En este caso comenzaremos por desarrollar la visión de Lacan, ya que es él quien habla directamente de agresividad, cosa que no ocurre en Freud, en dónde será necesario analizar este tema desde el estudio de las mociones pulsionales, así como de la relación del sujeto con sus figuras parentales, cuestión que abordaremos más adelante. Consideramos que comenzar por presentar la perspectiva lacaniana sobre este tema, le brindará al lector una forma más clara de comprender el camino por el cual va transitando este trabajo.

Para comprender como Lacan desarrolla la idea de Agresividad, utilizaremos lo presentado teóricamente por el autor en una de sus obras elementales como lo es *La agresividad en psicoanálisis de 1948*. En este artículo dividido en cinco *Tesis*, Lacan esboza sus ideas sobre la temática antes mencionada. Si bien no se pretende hacer un análisis exhaustivo de todo el texto, es necesario mencionar para la comprensión de dicha tarea, aquellos aspectos que resultan los más fundamentales.

En primer lugar, en la *Tesis I* Lacan deja en claro la importancia de pensar la *agresividad* como una experiencia subjetiva por su propia constitución, en tanto es mediada por el *lenguaje*, estableciendo una relación dialéctica, en tanto hay un *Otro (A) (lugar de la palabra)* y un *otro (a)* (como semejante). Agrega además la importancia de trabajar la misma desde la experiencia psicoanalítica en dónde ésta se expresa, o mejor dicho, se enuncia (Lacan, 2008/1948, p. 108).

Por otra parte en la *Tesis IV* es quizás en dónde se encuentra una noción más elaborada de la *agresividad*, en dónde la misma es planteada como las tendencias humanas hacia la destrucción; pero no solo eso, sino que las mismas están vinculadas con el narcisismo. Ahora bien, lo narcisista implica para Lacan una dialéctica de la identificación, supone una relación erótica en el que el ser humano se fija a una

imagen especular, imagen de sí mismo, en un proceso denominado *Estadio del espejo*. Este estadio es para Lacan fundamental en el proceso de identificación del niño, siendo además clave para la estructuración del Yo (moi). A partir de esta identificación producto de este *estadio*, surge la “*competencia agresiva*” la cual para Lacan es vista cuando el yo (moi) encuentra otro semejante (a) que despierta en él *el deseo por el objeto de deseo del otro* (Lacan, 2008/1948, p. 118. párr. 2).

De lo anterior se desprende una conclusión fundamental: la agresividad nace como una relación triangular del *otro* (autre), del yo (moi) y del objeto, siendo éste objeto de deseo. A partir de lo planteado puede concebirse a la agresividad como desprendida, por así decirlo del estadio del espejo, es decir asociada con la imagen de sí mismo, que el niño ve fragmentada, despedazada; y que además es estructurante del Yo.

2.3.1- Rol del Estadio del espejo.

Para describir el proceso de *Estadio del espejo* y su relación con la noción de Agresividad, nos resulta interesante mencionar el trabajo de otros autores que nos permitan dialogar con la obra lacaniana, entendiendo que de esta forma el lector comprenderá mejor su fundamentación, y la relación existente entre ambas nociones.

En tal sentido, uno de los autores que creemos muy pertinente presentar es Philippe Julien quien realiza una lectura muy interesante acerca de este punto de la obra de Lacan. Para este autor, Lacan define al estadio del espejo como formador del yo del sujeto, y agrega: “el yo no es el sujeto del conocimiento objetivo, sino un objeto libidinal llamado narcisista” (Julien. 1992, p. 34) Esto es importante ya que supone que no solo este estadio es formador del yo (como ya vimos), sino que además se acompaña con lo que Freud definía como narcisismo primario.

Este punto resulta de suma importancia, ya que la visión de Freud y Lacan en cuanto al narcisismo son distintas. De acuerdo a Julien, Freud consideraba al narcisismo primario como el momento en el que el niño volcaba, por así decir, toda su carga libidinal sobre su yo, siendo por tanto un yo cerrado en su interior. Por el contrario, Lacan consideraba que el narcisismo primario expresa la idea de un sujeto expuesto al mundo exterior y por tanto, a lo que el *otro* como vimos anteriormente, le pueda brindar. Más allá de estas diferencias el autor plantea, que el sujeto del que nos habla Lacan en este momento es igualmente narcisista (Julien, 1992, p. 35).

Asimismo, el texto de Julien es esclarecedor en cuanto a la función que desempeña el otro en este estadio. A este respecto se plantea que como el niño se encuentra en una etapa de total indefensión, está en cierta manera, condenado a socializar. Es aquí donde aparece el otro, no solo con una función enunciativa lingüística de identificación, sino que además le brinda lo que al niño le falta: unidad, movimiento y dominio. Como plantea Julien:

Por la visión del otro, el niño anticipa su motricidad futura: aquello que hoy no puede realizar en su propia situación anaclítica, lo ve realizado en el otro. Nace así una diferencia *temporal* entre lo visual y los otros poderes sensitivos. Esa primacía de lo visual permite al niño ver su porvenir corporal: la fascinación de la imagen del otro lo suscita, lo levanta, lo arrastra, como si sus ojos llevaran sus gestos. Sonreirá pronto a la sonrisa de la madre, contemplada y ubicada en la mirada (Julien, 1992. p. 36, párr. 3).

Por último al final de este texto, Julien plantea lo que Lacan pensaba en relación al narcisismo y la agresividad, diciendo que ambos aspectos son correlativos en el momento de la formación del yo, mediada por la imagen del otro. Esto ocurre porque el narcisismo supone la generación de una *tensión* en dónde es la imagen del otro lo que sostiene la propia imagen del niño. En palabras del autor:

(...) el otro en su imagen a la vez me atrae y me repele; en efecto, yo no soy más que en el otro y al mismo tiempo él permanece *alienus*, extranjero; ese otro que soy yo mismo es otro que yo mismo (Julien, 1992. p. 40, párr. 3).

De aquí plantea el autor, surge una agresividad inseparable en toda relación que él llama dual. Hay una especie de tirantez entre el amor y el rechazo. Pronuncia finalmente, que en toda manifestación de rechazo de amor hay un movimiento hacia su contrario, lo cual supone siempre un movimiento que él llama *pendular*, por lo cual concluye que no hay un rechazo irremediable. Y terminará diciendo: "Tal es el "complejo fraterno": una inestabilidad sin verdadero proceso" (Julien, 1992. p. 40, párr. 4).

Por su parte, otro de los autores que propone un recorrido muy interesante para pensar la relación entre la agresividad y el estadio del espejo es Roberto Alfonso Gushíken (1999) quien intenta en un artículo *denominado La rivalidad y los celos, fundamento del vínculo social*, desmitificar una convención social y popular que define a la violencia como una condición inhumana, y que por tanto se situaría por fuera del sujeto. En tal sentido, analiza el surgimiento de la rivalidad y los celos en los niños,

principalmente ante la llegada de hermanos, donde estos sentimientos parecieran emerger. El autor trae así la consideración freudiana de que el egoísmo del niño aparece cuando está en juego la satisfacción de sus necesidades (Gushíken, 1999, pág. 2).

Puede pensarse entonces, que el infante frente a la llegada de un semejante experimenta un sentimiento de competencia por lo que el hermano recién llegado le pueda llegar a quitar; esto coincide con lo que vimos en Lacan en cuanto a la noción de una “*competencia agresiva*” dada por la imagen del semejante que despierta en él el deseo por el objeto de deseo del otro (ver p. 12).

Esta apreciación que hacemos del trabajo de Gushíken, se emparenta con lo que él propone luego, al decir que el niño no puede desprender su mirada del otro, reconociéndose e identificándose con él; es decir no pudiendo separar su deseo del deseo del otro (Gushíken, 1999, p. 2). Aquí plasma la función del estadio del espejo como formador del yo, en dónde la agresividad toma un doble sentido, primeramente como una rivalidad dada por el reconocimiento de un otro como enemigo, mediada por la lucha de la supervivencia; y que luego en un segundo término, marca la identificación posterior del niño, al lograr verse en su completitud como unidad a partir de la imagen que el otro le devuelve; siendo esto para el autor, la base del vínculo social (Gushíken, 1999, p. 4).

El trabajo finaliza planteando que la agresividad es un elemento constituyente del vínculo social, dado que le permite al sujeto buscar su imagen, en un sentido especular, y proyectarse hacia la identificación con el otro, lo cual supone para Gushíken, pensar a la agresividad en la base de la formación del yo (Gushíken, 1999, pág. 5).

En resumen, y de acuerdo a lo visto con estos dos autores, es fácilmente reconocible situar inicialmente en la obra lacaniana, a la agresividad en la base de la formación del yo del sujeto, siendo el *estadio del espejo* el proceso en dónde tal acontecimiento se visualiza. Sobre estos temas Lacan profundiza al estudiar el fenómeno de la *Relación de Objeto*. Veamos entonces, lo que a este propósito el autor nos tiene para decir.

2.3.2 - El aporte de La Relación de Objeto.

¿Qué es el estadio del espejo? se pregunta Lacan en la introducción del *Seminario: La Relación de objeto*. Con esta interrogante, el autor plantea que en este estadio no está en juego solamente una identificación del niño con la imagen

especular; sino que además se busca visualizar el carácter conflictivo de la relación dual (Lacan, 2013/1956, p 17). Relación en la que están implicados el sujeto y el objeto como componentes y a la cual proponemos estudiar a continuación.

Introducir el tema de *La Relación de Objeto* tomando como punto de partida el estadio del espejo, tiene para nuestra labor, el beneplácito de articular lo que ya veníamos trabajando páginas anteriores acerca de la agresividad desde la visión lacaniana, pero además permitirá analizar como el autor aborda un tema tan complejo como es la relación dual que mencionábamos recién. De esta forma intentaremos indicar las características más elementales de esta relación que Lacan propone a lo largo de todo este *Seminario*; en dónde quizás no elucidaremos mucho más sobre la cuestión agresiva, pero por lo menos permitirá al lector comprender mejor cómo el sujeto se relaciona con el mundo exterior.

Como dijimos esta relación comprende inicialmente dos elementos; el sujeto (niño) y el objeto. Frente a éste último, Lacan detallará, tal como aludimos al presentar la noción de deseo, que se trata de un *objeto perdido*, un objeto que se vuelve a encontrar. Dirá Lacan:

El objeto se presenta de entrada en una búsqueda del objeto perdido. El objeto es siempre el objeto vuelto a encontrar, objeto implicado de por sí en una búsqueda, opuesto de la forma más categórica de la noción de sujeto autónomo, conclusión a la que lleva la idea del objeto culminante (Lacan, 2013/1956, p. 28).

Asimismo y en cuanto a la relación de objeto propiamente dicha, Lacan establece posteriormente que la misma resultaría inentendible si no se menciona el *falo* como uno de sus elementos. Se agrega además que él mismo (falo) no debe entenderse como un elemento mediador de tal relación, sino más bien, debe considerarse como un tercero (Lacan, 2013/1956, p. 30). Así el autor plantea la relación de objeto como *imaginaria*, en dónde la misma es vista como una *tráda* compuesta por el niño, la madre y el falo. A continuación el desarrollo de Lacan se centra en la pregunta que él llama fundamental para entender la relación del niño con la madre; y esa pregunta es precisamente si el objeto en tal relación es o no es real (Lacan, 2013/1956, p. 32).

A partir de esta pregunta el autor elabora todo un recorrido sobre el eje de lo que implica que el objeto sea real, discutiendo con la teoría de muchos colegas acerca de que en la actualidad psicoanalítica es imposible hablar de lo *real*, sin tener en cuenta los otros registros que él llama, *simbólico e imaginario*. En tal sentido, esboza

la teoría de Winnicott (2009/1971) sobre *los objetos transicionales*, en dónde para este autor la relación madre- hijo aparece mediada por el *principio de placer* y el *principio de realidad*. El primero es dónde el niño se relaciona con el pecho materno, considerado éste como objeto real, y el principio de realidad en cambio, supone que el niño comience a desprenderse, precisamente de él. En este punto Lacan sugiere que al inicio no hay para el infante distinción entre lo real y lo imaginario y es precisamente la madre la que va a promover tal distinción, siendo ésta la que va a hacer entrar al niño al mundo de las frustraciones. Esta frustración se presenta como desilusión del niño cuando la realidad, como dice Lacan, no coincide con la alucinación nacida del deseo. (Lacan, 2013/1956, p. 36). Esto lo profundizaremos cuando hablemos de la noción de *Frustración* propiamente dicha.

Dicho esto, debemos mencionar que lo importante en este momento reside en introducir, aunque sea brevemente, otra noción que Lacan nos señala es fundamental para entender la relación de objeto; esta noción es la de *la falta de objeto*; la cual es para el autor el motor de la relación del niño con el mundo (Lacan, 2013/1956, p. 38). Se señalan así, tres tipos de falta de objeto, ellos son: *la Frustración*, *la Privación* y *la Castración*.

En este momento de la tarea, se hace necesario entonces, aludir brevemente de que trata cada una de ellas. Aclaremos que resultará imposible plasmar en estas hojas todo el desarrollo lacaniano sobre este punto; ya que por un lado sería muy extenso y además se alejaría del foco central de nuestra labor. Proponemos entonces, un abordaje por tales cuestiones que intente ser (dentro de su brevedad) lo más claro posible para entendimiento del lector. Comencemos por la noción de *Frustración*.

En cuanto a la *Frustración*, Lacan dirá que la misma hace referencia a un daño imaginario. La misma está relacionada con algo que se desea y no se tiene, y como plantea el autor, se desea sin posibilidad de satisfacción o de adquisición del objeto que se desea. La frustración es por tanto, un daño imaginario; y es precisamente en lo imaginario dónde se ubica (Lacan, 2013/1956, p. 39).

En cuanto al sujeto en la frustración, Lacan nos dice que se ubica en una posición de deseo respecto al seno materno como objeto real, lo cual permite considerar los dos componentes iniciales de la frustración; dónde por un lado está el *objeto real*. Este objeto comienza a ejercer su influencia en la relación con el sujeto, dice el autor, incluso antes de la diferenciación yo no-yo, lo cual permite pensar que ese objeto opera como tal, mucho antes de que el sujeto pueda percibirlo como objeto.

Por su parte, el segundo componente lo constituye el *agente*. En otras palabras, el agente interviene cuando el sujeto experimenta la falta de objeto (Lacan, 2013/1956, p. 68). El agente es por tanto y en este caso, la madre. Y en cuanto a ésta, nos dice Lacan:

La madre es algo distinto que el objeto primitivo. No aparece propiamente desde el inicio, sino, como Freud lo subrayó, a partir de esos primeros juegos, juegos que consisten en tomar un objeto perfectamente indiferente en sí mismo y sin ninguna clase de valor biológico. Para el caso, se trata de una pelota, pero también podría ser cualquier cosa que un niño de seis meses haga saltar por encima de la baranda de su cuna para recuperarlo a continuación. Este par presencia-ausencia, articulado de forma extremadamente precoz por el niño, connota la primera constitución del agente de la frustración, que en el origen es la madre. Podemos escribir como **S (M)** el símbolo de la frustración (Lacan, 2013/1956, p. 69, párr. 2).

Esta cita es clave, ya que permite ver a la madre como quien puede *brindarle o no* los distintos objetos de satisfacción del niño; lo cual constituye el mecanismo de la frustración. Lacan establece que la madre aparece aquí como *potencia*, justamente marcando que los objetos que antes eran claramente de satisfacción para el niño, ahora pueden serle negados (Lacan, 2013/1956, p. 71, párr. 5).

Si mencionamos primero a la frustración, es precisamente porque para Lacan es ella la que permite articular los otros dos tipos de falta de objeto: la *Privación* y la *Castración* (Lacan, 2013/1956, p. 101).

En cuanto a la *Castración*, Lacan pone de relieve la obra freudiana, en dónde este tipo de falta de objeto, está vinculada con una ley primordial, la prohibición del incesto y la estructura visible en la situación Edípica. Esto supone considerar la castración en el momento Edípico del desarrollo del sujeto, mientras que la frustración, se da en un momento que Lacan nos dice es pre-Edípico (Lacan, 2013/1956, p. 39).

La castración implica pensar al objeto como imaginario, lo que se castra es siempre un objeto en este orden imaginario, que podemos situar en el falo. Lacan dirá posteriormente siempre en torno a la relación de objeto, que la castración es lo que permitirá la asunción por parte del sujeto de lo que luego será su madurez sexual. En otras palabras, para lograr tal desarrollo sexual, primero tuvo que haber sido castrado (Lacan, 2013/1956, p. 218).

En relación con lo anterior, y a nuestro favor, el autor distingue la castración de la tercer falta de objeto, es decir de la *Privación*. ¿Cuál es la distinción entre estas dos

nociones? La respuesta se encuentra en cómo es presentado el objeto en cada caso. La castración supone, como vimos una relación con un objeto imaginario que es el falo; en cambio en la privación el objeto es simbólico. Por su parte Lacan habla de la privación como un *agujero real* (Lacan, 2013/1956, p. 220).

La privación supone el hecho de la falta de pene en la mujer, es decir está privada de él. Profundiza Lacan:

La propia noción de privación, tan sensible y visible en una experiencia como ésta, implica la simbolización del objeto en lo real. Ya que en lo real, nada está privado de nada. Todo lo que es real se basta a sí mismo. Por definición, lo real es pleno. Si introducimos en lo real la noción de privación, es porque ya lo hemos simbolizado suficientemente, incluso plenamente. Indicar que algo no está, es suponer posible su presencia, o sea introducir en lo real, para recubrirlo y para excavarlo, el simple orden simbólico (Lacan, 2013/1956, p. 220).

Como vemos, el abordaje lacaniano sobre el estudio de la relación de objeto, es sumamente complejo y extenso.

De todas formas, lo expresado en estas breves páginas permite pensar a la agresividad como una tensión naciente entre el deseo del niño, y sus figuras parentales. Con el abordaje realizado sobre esta temática de la relación de objeto, podemos comprender como la agresividad emerge frente a la imposibilidad del niño de colocarse como objeto de deseo del Otro, en este caso de su madre. Sin importar realmente de qué tipo de falta de objeto se trate (*Frustración, Privación o Castración*), en el fondo se esconde una realidad incuestionable, el niño se encuentra discutido en su posición de objeto de deseo. En otras palabras, si el objeto falta, no hay para el deseo posibilidad de ser realizado; lo cual coloca a la relación sujeto-objeto, en una posición de conflictividad, dónde la agresividad aparece como respuesta a la tensión predominante, marcada precisamente, por esa falta de objeto.

Finalmente, podemos expresar la importancia que tiene esta noción lacaniana en relación al desarrollo psíquico del sujeto, ya que en última instancia se trata de comprender como éste se relaciona con los demás, desde el pecho materno en adelante. Es por ello que creímos conveniente señalar (aunque sea fugazmente) las principales características de la relación de objeto desde la obra de este autor.

Veamos ahora, el abordaje de Freud sobre la temática de la Agresividad.

2.4 - La Agresividad en la obra de Freud.

Al momento de empezar a introducir en este trabajo la noción de agresividad hicimos explícito que Freud no utiliza directamente este término, cosa que sí ocurre en Lacan (como ya vimos), entonces la pregunta se hace obvia: *¿Cómo aborda Freud este tema?* Frente a esta pregunta un camino posible para poder responderla es transitar el desarrollo que hace el autor respecto a la *cuestión pulsional*, y ver si a partir de allí surge algo que nos hable de la constitución de sentimientos hostiles que puedan pensarse como agresivos. Es necesario entonces entrar en el estudio de las pulsiones, principalmente en el desarrollo de lo que Freud definió como *pulsión agresiva*. Definimos primeramente el concepto de pulsión que utiliza el autor, presentado en sus *Tres ensayos de teoría sexual* de 1905:

Por “pulsión” podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante {*Repräsentanz*} psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del “estímulo”, que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera. Así, “pulsión” es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal (Freud, 2008/1905, p. 153, párr.1).

Ahora bien, para introducir el concepto de pulsión agresiva no alcanza con delimitar simplemente el concepto de pulsión descrito por Freud; es necesario un abordaje más general, que permita marcarnos el camino hacia este tipo de moción pulsional. Es por ello que traemos a Laplanche & Pontalis quienes nos acercan a la obra freudiana sobre esta temática.

En este sentido, los autores sugieren, que en la primera teoría de las pulsiones Freud contraponía precisamente, dos clases de mociones pulsionales; las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación, en donde éstas últimas, tenían la función de afirmación y el mantenimiento de la vida. Con esto narran como el autor intentaba explicar mediante la combinación de éstas dos mociones pulsionales los sentimientos agresivos visibles en el sadismo y en el odio. Agregan además, que Freud en *Las pulsiones y sus destinos* de 1915, relata que la trasmutación del amor en odio es una ilusión, asegurando que el odio no se corresponde con una especie de amor negativo, sino que tiene su propio origen, siendo éste producto de la lucha del yo por conservarse (Laplanche & Pontalis, 2009, p.14, párr. 4).

2.4.1 - La pulsión agresiva.

Hecha esta introducción al estudio de lo pulsional, es momento ahora de enfocarnos en el desarrollo de Freud sobre la pulsión agresiva. Para ello, y a modo

esclarecedor, expondremos el trabajo de otro autor, que de un modo interesante nos permite dialogar con la obra del propio Freud. De esta forma, presentamos a François Pommier, quien en un texto titulado *Pulsión agresiva y proceso adolescente*, realiza de una forma muy atrayente, un recorrido histórico sobre el desarrollo de la obra freudiana en relación a la noción de pulsión agresiva. Y comienza diciendo:

La hipótesis de una pulsión de agresión se originó como lo saben, en una conferencia dada por Adler el 8 de junio de 1908, titulada “el sadismo en la vida y la neurosis”. Sin embargo, marcando su interés en las posiciones de Adler, y a pesar del análisis de Juanito que le hizo reconocer a Freud las manifestaciones agresivas encontradas en la infancia con las primeras tentativas de seducción, Freud no se decidió a reconocer una pulsión específica de agresión. Fue tardíamente que Freud reconoció la importancia de la agresividad. “Por qué demoramos tanto, escribe él mismo en 1933, en decidirnos a reconocer una pulsión de agresión, por qué no haber utilizado sin dudarlo, para la teoría, los hechos expuestos a plena luz y conocidos por todo el mundo?” (Nuevas Conferencias, 1933) (Pommier, 2013 p. 1, párr. 3).

Este autor agrega, que es recién en 1920 que Freud introduce el concepto de *pulsión de muerte*, que por tanto se opone a las pulsiones de vida. En cuanto a esto, vemos que Freud en *El Yo y el Ello* de 1923, distingue precisamente sobre estos dos tipos de pulsiones, y planteará:

Sobre la base de consideraciones teóricas, apoyadas por la biología, suponemos una *pulsión de muerte*, encargada de reconducir al ser vivo orgánico al estado inerte, mientras que el Eros persigue la meta de complicar la vida mediante la reunión, la síntesis, de la sustancia viva dispersada en partículas, y esto, desde luego, para conservarla. Así las cosas, ambas pulsiones se comportan de una manera conservadora en sentido estricto, pues aspiran a restablecer un estado perturbado por la génesis de la vida (Freud, 2008/1923, p. 41, párr. 2).

Más adelante en el mismo texto Freud esboza que esta pulsión de muerte puede ser exteriorizada utilizando como órgano la musculatura, con lo cual se pasaría a una *pulsión de destrucción* dirigida ésta hacia el mundo exterior y a los otros seres vivos. Frente a esto, Pommier agrega que este tipo de pulsión de muerte devenida en destructiva es propia del *sadismo* cuando se pone en contacto con el deseo sexual, y si por el contrario parte de esa carga pulsional queda dentro del yo, entonces hablamos de masoquismo. En sus palabras:

Las pulsiones de muerte pueden ser en parte desviadas hacia el exterior bajo forma de agresión, o en parte vueltas inofensivas por su unión con los componentes eróticos.

Cuando una parte de esta pulsión de muerte vuelta hacia el exterior es directamente puesta al servicio de la función sexual, se trata del sadismo propiamente dicho. La otra porción de la pulsión destructiva que permanece en el interior del sujeto va a ser ligada libidinalmente (con la ayuda de la coexcitación sexual): se trata entonces del masoquismo erógeno primario (Pommier, 2013 p. 2, párr. 1).

Como vemos para Pommier, la importancia que Freud le da a la pulsión agresiva y su devenir en pulsión destructiva se encuentra en el estudio del *sadismo* y el *masoquismo*. Es más, si volvemos al texto de Freud veremos cómo se vinculan estas mociones pulsionales dentro de la estructura psíquica propuesta en la *Segunda Tópica*. A éste propósito Freud nos dice:

De acuerdo a nuestra concepción del sadismo, diríamos que el componente destructivo se ha depositado en el superyó y se ha vuelto hacia el yo. Lo que ahora gobierna en el superyó es como un cultivo puro de la pulsión de muerte, que a menudo logra efectivamente empujar al yo a la muerte, cuando el yo no consiguió defenderse ante su tirano mediante el vuelco a la manía (Freud, 2008/1923, p. 54, párr. 1).

En la misma obra, Freud advierte sobre un aspecto que él mismo llama asombroso en el ser humano, marcado por la idea de que cuánto más intenta limitar la agresión hacia afuera, más agresivo y severo se vuelve el ideal del yo (aquello a lo que el yo aspira). En otras palabras, a mayor intento por bloquear la agresión hacia afuera más agresivo se torna el ideal del yo sobre el yo (Freud, 2008/1923, p.55, párr.1).

Volviendo al texto de Pommier y para finalizar su recorrido de la obra freudiana sobre este aspecto, traemos nuevamente una cita del autor que resulta muy explicativa de la relación entre pulsiones agresivas, de muerte y destructivas. Dirá entonces:

La pulsión de destrucción sería finalmente ante todo auto-destrucción. En cuanto a la pulsión agresiva se dirigiría al otro para no destruirse a sí mismo. Su puesta en juego necesita una objetividad derivada de una elaboración imaginaria organizada bajo el primado del Edipo y de la genitalidad (Pommier, 2013, p. 3).

Como vemos la temática de la agresividad en la obra freudiana aparece trabajada de forma difusa y quizás por qué no también, de un modo tardío, dado que el propio Freud reconoce su demora en reconocerla como un elemento propio del psiquismo del sujeto. Por otra parte, y tal como acabamos de ver en el texto de Pommier, Freud no aborda la agresividad, como un tema en sí mismo, sino que

pareciera que el mismo se fue construyendo a partir del estudio de lo pulsional y de lo sexual, principalmente al trabajar acerca de la sexualidad infantil; esto quizás pueda explicar por qué el autor no lo trabajó directamente, y daría una comprensión válida del atraso en su reconocimiento. De todos modos se puede concluir que la agresividad está allí, en el interjuego de los movimientos pulsionales y deseantes que atraviesan la vida anímica del ser humano, aspecto para nada menor.

2.4.2 - La relación entre el Amor y el Odio.

Otra forma de pensar la problemática de la agresividad puede ser vincularla con la noción de deseo, noción que ya hemos presentado. Ahora bien, realizar tal propósito implicaría estudiar la relación entre los sentimientos de *amor* y de *odio*, que como veremos, se muestran claramente en la situación Edípica, a la cual Freud le atribuye una enorme importancia en el desarrollo psíquico del sujeto. Pero todavía no profundizaremos sobre esta cuestión, cosa que sí haremos al momento de pensar el Complejo de Edipo como un factor *regulador* del deseo del sujeto, así como la importancia que Freud le otorga como elemento constitutivo de la cultura. Dejemos entonces este tema para más adelante.

Volviendo a Freud, en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915) dirá en cuanto al *amor*, que éste se instala en el vínculo entre el sujeto y el objeto a través del placer del yo; en síntesis el amor está ligado a la incorporación de los objetos por parte del yo. En sus propias palabras:

El amor proviene de la capacidad del yo para satisfacer de manera autoerótica, por la ganancia de un placer de órgano, una parte de sus mociones pulsionales. Es originalmente narcisista, después pasa a los objetos que se incorporaron al yo ampliado, y expresa el intento motor del yo por alcanzar esos objetos en cuanto fuentes de placer (Freud, 2008/1915, p. 133, párr. 1).

Por el contrario, es de suponer que cuando el yo no logra incorporar los objetos y por tanto satisfacer sus propias demandas, el amor que existía hacia esos objetos se transforma, o mejor dicho se desplaza ahora en odio, dada por la creciente sensación de displacer que provoca no poder incorporarlos. Volviendo al texto de 1915, Freud nos dice:

El yo odia, aborrece y persigue con fines destructivos a todos los objetos que se constituyen para él en fuentes de sensaciones displacenteras, indiferentemente de lo que signifiquen una frustración de la satisfacción sexual o de la satisfacción de las necesidades de conservación (Freud, 2008/1915, p. 132, párr. 3).

En cuanto a esta idea de ambivalencia en la relación del sujeto con el objeto, Freud agrega que el odio es incluso más antiguo que el amor, en tanto el sentimiento de odio se genera por el rechazo que opone el yo-narcisista al mundo exterior. Como al inicio el yo mantiene relaciones objétales con carácter primordialmente autoconservador, rechazará lo que le viene dado por estímulos desde afuera (mundo), provocando el sentimiento de odio (Freud, 2008/1915, p.133, párr. 2).

Luego de haber presentado como trabaja Freud sobre la cuestión agresiva desde el estudio de lo pulsional, y de los sentimientos ambivalentes antes mencionados, corresponde ahora cumplir con lo prometido y presentar el rol que juega el *Complejo de Edipo* en la constitución psíquica del sujeto, es decir, analizar cómo se relaciona con la agresividad y con el deseo.

2.4.3 - Un acto de amor: el deseo de la muerte del padre.

Tratando de brindar una definición breve del mencionado Complejo de Edipo, debemos primeramente plantear que para Freud este momento es fundamental en la estructuración de la personalidad del sujeto. En este contexto se ponen de manifiesto los sentimientos de amor y de odio, el encuentro con el deseo, deseo parricida de asesinar al padre, pero no solo eso; consolidados estos sentimientos ambivalentes hacia la figura del progenitor del mismo sexo, se articulan otros sentimientos en el niño, como son: el remordimiento, culpa, conciencia moral, que harán del padre posteriormente un objeto de identificación. Volviendo a la lectura de *El yo y el ello* (1923) vemos como Freud describe dicho complejo:

El caso del niño varón, simplificado se plasma de la siguiente manera. En época tempranísima desarrolla una investidura de objeto hacia la madre, que tiene su punto de arranque en el pecho materno y muestra el ejemplo arquetípico de una elección de objeto según el tipo de apuntalamiento (anaclítico); del padre, el varoncito se apodera por identificación. Ambos vínculos marchan un tiempo uno junto al otro, hasta que por el refuerzo de los deseos sexuales hacia la madre, y por la percepción de que el padre es un obstáculo para éstos deseos, nace el Complejo de Edipo. La identificación-padre cobra ahora una tonalidad hostil, se trueca en el deseo de eliminar al padre para sustituirlo junto con la madre (Freud, 2008/1923, p. 33, párr. 3).

Es importante plantear que para Freud el complejo de Edipo llega a resolverse cuando el niño superado este momento refuerza su identificación con el padre; pero que para qué esto ocurra el niño debió primeramente y de un modo inconciente claro está, invertir de amor a la madre, y al mismo tiempo hacer lo propio con odio hacia el

padre; por tanto el complejo de Edipo plantea una relación ambivalente de amor y odio hacia sus progenitores (Freud, 2008/1923, p. 34).

Es interesante a este punto abordar la función simbólica que adquiere el *padre*, desde el análisis del complejo de Edipo. Para ello mencionamos algunos comentarios del psicoanalista uruguayo Daniel Gil:

El padre aparece en los primeros textos de Freud como seductor y como el que, con carácter traumático, introduce la sexualidad en la niña, expresada en la ecuación padre perverso/ hija histérica. Pero cuando Freud ya no cree más en sus neuróticas, cuando descubre que tras ese engaño se esconde una verdad más profunda-verdad de la fantasía, de la sexualidad infantil-, descubre también el complejo de Edipo y otra dimensión de la figura paterna referida a la ley, al castigo y al deseo. La muerte del padre y el deseo parricida articulan el campo del deseo y la ley, y la sanción se dimensiona en el ámbito de la castración (Gil, 2007).

De acuerdo con lo que propone este autor, es necesario analizar el lugar que cumple la figura paterna en esta relación y ese lugar es el lugar de Ley. Que el niño se identifique con su padre, resultando por tanto positiva la resolución del Complejo de Edipo, no es otra cosa que respetar la ley, una ley que no es un lugar estricto, sino que es lugar simbólico que ocupa la figura paterna. De esta forma debemos preguntarnos, *¿Dónde opera la ley dentro del psiquismo?* Para tratar de dar respuesta a esta pregunta convenimos basarnos nuevamente en el postulado de la Segunda teoría del aparato psíquico. En este momento Freud (1923) define tres instancias *el Yo, el Ello y el Superyó*; nos centraremos en éste último. Nuevamente en *El yo y el ello* de 1923, Freud define al superyó como la herencia del complejo de Edipo, y al cual le atribuye ciertas características:

El superyó conservará el carácter del padre, y cuanto más intenso fue el complejo de Edipo y más rápido se produjo su represión (por influjo de la autoridad, la doctrina religiosa, la enseñanza, la lectura), tanto más riguroso devendrá después el imperio del superyó como conciencia moral, quizá también como sentimiento inconsciente de culpa, sobre el yo (Freud, 2008/1923, p. 36, párr. 2).

En otras palabras puede decirse que el superyó adquiere el carácter de ley que dejó como fruto la situación Edípica, y se forma por la interiorización de las exigencias y prohibiciones parentales, al cual Freud le otorga tres funciones: la autoobservación, la conciencia moral y el ideal del yo. EL superyó es por tanto el lugar que ocupa la ley. Dicha ley opera como prohibición y es la que genera el sentimiento

de culpa. Y precisamente, este sentimiento de culpa se activa como castigo para el sujeto que quiebre la ley. Es esencialmente así como opera el superyó, castiga al yo por los mandatos que le impone el ello, siendo éste último reservorio de las pulsiones y del deseo del sujeto. Por tanto deseo y ley luchan por la satisfacción del yo.

Puede subrayarse a modo de síntesis, que la importancia de pensar la situación Edípica, es precisamente considerarla como un punto de inflexión en la vida anímica del sujeto, marcada por la identificación con su progenitor. La agresividad previa al Edipo y propia de su indefensión frente al mundo exterior, frente a las sensaciones displacenteras, se vuelca ahora gracias al carácter prohibitivo del padre, en identificación. Esta identificación genera gracias a la formación del superyó, el nacimiento de la vida social del sujeto, marcada por la conciencia moral y los sentimientos de culpa, que regularan al sujeto, siendo ya un sujeto social. Sobre este último apunte profundizaremos en la segunda parte de la tarea.

2.5 - Los puntos de inflexión en Freud y Lacan.

Como cierre de esta primera parte de la tarea y de acuerdo a todo lo que hemos desarrollado, nos proponemos realizar algunos apuntes que permitan resumir el abordaje de la obra de Freud y Lacan sobre la cuestión de la agresividad y su relación con el deseo.

En primer término es pertinente plantear, que ambos autores le dan una enorme importancia al deseo como una noción central en la constitución del aparato psíquico; Freud desde el estudio del *Inconsciente*, y Lacan, más centrado en la importancia que tiene esta noción pensada como *el deseo del Otro*. Asimismo, es menester mencionar que tanto Freud como Lacan, sitúan al deseo vinculado con la *estructura narcisista* del yo en formación, lo cual devela, o por lo menos permite comprender como fluctúan los sentimientos ambivalentes hacia las figuras parentales, en dónde el deseo y la agresividad parecen superponerse.

En segundo término, debe establecerse que en ambos autores queda latente la idea de pensar la agresividad emparentada, precisamente, con el deseo. En el caso de Freud, es quizás en dónde esta cuestión se manifiesta de forma más clara a través del tránsito por la situación Edípica. Por su parte Lacan, sitúa la agresividad como un aspecto inherente a la constitución del yo, resultando por tanto imprescindible para el desarrollo del infante.

Debiera sintetizarse entonces, que la agresividad de acuerdo a ambas lecturas, responde a una indefensión del niño frente al mundo exterior, del cual se defiende de forma narcisista, *incorporando* todo aquello que le es placentero, y *rechazando* aquello que puede serle de obstáculo para la realización de sus deseos. Posteriormente eso que al inicio es hostil, a lo que el niño responde de forma agresiva, es incorporado permitiendo la constitución del yo, facilitando la *identificación*. La cuestión pasa ahora por ver qué ocurre con ese sujeto luego de superado ese momento de máxima tensión.

Comienza entonces una segunda parte de la tarea, en la que intentaremos pensar a ese sujeto por fuera de la relación parental, un sujeto librado a la vida en sociedad.

3 - Segunda parte: La dimensión subjetiva del Deseo y la Agresividad. El Sujeto social.

De acuerdo a lo que habíamos planteado al inicio de esta monografía (ver: Introducción, p. 1, párr. 5) comienza en este momento una segunda etapa, en dónde intentaremos pensar la problemática de la agresividad y su relación con el deseo desde una perspectiva que haga centro en el *sujeto*, pero desde un enfoque más *subjetivo*, teniendo en cuenta el contexto social actual en el que vivimos. Nos proponemos pensar al ser humano envuelto en la dinámica social, pensada ésta como *socialización*, como establecimiento de sus relaciones sociales, de sus conductas ciudadanas. Refreshando la memoria, reiteramos lo que nos propusimos en la *Introducción*, en el sentido de que no trataremos el tema de la agresividad como una problemática social en sí; sino que se trata de poner en el centro al sujeto como *actor social*, visualizando desde la teoría psicoanalítica que es lo que promueve o facilita en él una actitud agresiva. En otras palabras, se aspirará a pensar como la sociedad actual con sus características propias, repercute en la agresividad y el deseo del *Hombre* condicionado, como lo estamos todos, por el contexto histórico-social-cultural que nos toca vivir. Para ello será necesario volver a transitar por la obra freudiana en dónde se plantean consideraciones interesantes al respecto.

3.1- El Tótem de Freud: La Cultura.

Como posiblemente se recordará, en páginas anteriores hacíamos referencia a la importancia que le daba Freud al complejo de Edipo como momento central en la constitución del aparato psíquico del niño, en dónde su superación confluye en la identificación de éste, principalmente con su figura paterna; y más aún, Freud consideraba que a partir de esa identificación, el padre adquiriría a nivel de lo simbólico el valor de *Ley*, una ley que dictará lo permitido y lo prohibido (ver: p. 24.).

Ahora bien, este acontecimiento en la vida del sujeto, Freud lo plantea emparentado también al momento fundante de la cultura. En una de sus obras de carácter quizás más antropológico y mitológico, por qué no decirlo, como es *Tótem y Tabú* de 1912-1913, Freud hace referencia al surgimiento de los sentimientos de amor y de odio como creadores de la cultura, a partir del asesinato del padre por parte de sus hijos, que generará en ellos luego de consumado el "*crimen*", el sentimiento de culpa como un castigo, al igual que el poder que ejerce el superyó heredero del complejo de Edipo sobre el yo. En otras palabras el Tótem de la *tribu primordial*, adquiere el valor de sustituto del padre: "La actitud ambivalente de sentimientos que caracteriza todavía hoy al complejo paterno en nuestros niños, y prosigue a menudo en la vida de los adultos, se extendería también al animal totémico, sustituto del padre." (Freud, 2008/1912-1913, p. 143, párr. 1).

Por su parte, en *El Malestar en la Cultura* (1929/1930) Freud expone que el rasgo más característico de la cultura son precisamente las relaciones entre los seres humanos. El surgimiento de la Cultura implica que el hombre deje su lado más individual y se comprometa a establecer lazos sociales con los demás miembros del grupo, lo cual supone renunciar, a por lo menos gran parte de sus mociones pulsionales (Freud, 2012/1929-1930, p. 93).

Una de las restricciones más fundamentales para la vida en comunidad es justamente la vinculada a la energía sexual. Freud advierte en este punto, que la cultura necesita energía para el trabajo, la cual consigue aplacando la libido, esto genera dos movimientos; por un lado la sublimación de la pulsión sexual en los hombres; y por otro, la hostilidad de las mujeres hacia la cultura, dado que el hombre se aleja de sus funciones de padre y esposo (Freud, 2012/1929-1930, p. 101).

Otro intento de la cultura por fortalecer los lazos entre los seres humanos puede resumirse en el siguiente enunciado: "*amarás a tu prójimo como a ti mismo*". Ésta frase lo lleva a Freud a describir otro mandato cultural, el de amar al otro, lo que

supone una nueva renuncia de los impulsos agresivos. Así, la cultura también restringirá la agresividad y no solo el amor sexual, lo cual permite entender porqué el hombre no encuentra su felicidad en la cultura. En palabras de Freud:

(...) el ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad. En consecuencia, el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo (Freud, 2012/1929-1930, p. 108).

A modo de síntesis de la obra freudiana sobre la cuestión cultural y su relación con el deseo y la agresividad, puede expresarse que desde la visión del autor se plantea el surgimiento de la cultura como un agente regulador de la vida anímica y pulsional del sujeto, en dónde la vida en sociedad predispone al sujeto a una serie de mandatos o de leyes, tal como vimos en la situación Edípica; mandatos que no son otra cosa que prohibiciones, camufladas en cierta forma a través de actividades como la religión y el trabajo. Asimismo, la renuncia a la vida pulsional como motor social, predispone las tendencias agresivas del sujeto hacia los otros, dado que para Freud las relaciones humanas son el mayor obstáculo y fuente de displacer de la vida en sociedad.

Se puede agregar además, que precisamente los distintos mandatos, no solo marcan lo permitido y lo prohibido, como reguladores de la vida humana, sino que también suponen la generación de sentimientos de culpa y conciencia moral a quien no cumpla con los mismos, este último aspecto se transforma también en el elemento clave para intentar neutralizar las pulsiones humanas agresivas.

3.2 - La Agresividad en el contexto social actual.

De acuerdo a lo que acabamos de ver con Freud, resulta imposible no considerar su obra sobre la cultura como un texto cargado de actualidad. Es inexorable pensar que las relaciones humanas tal como él planteaba, son el mayor obstáculo para el desarrollo y progreso de las sociedades contemporáneas; la guerra del hombre por el hombre, los intereses económicos, la fragmentación social, las rivalidades políticas, religiosas, étnicas, etc., son aspectos plagados de elementos carentes del sentido de bienestar común. Pareciera, y ésta es mi opinión, que asistimos a un tiempo dónde la ajenidad merece ser destruida, aquello que no ve,

siente o piensa como uno; es decir la otredad, es portadora de todos los males, y por tanto, debe ser neutralizada.

Conforme a esta idea se intentará en este momento del trabajo, exhibir como aborda el psicoanálisis la problemática de la agresividad en el contexto social actual. Para ello se ha realizado una búsqueda bibliográfica en dónde se presentan distintos autores, que más allá de las perspectivas particulares desde donde se sitúan, permiten pensar el tema de una forma más o menos abarcativa.

No obstante y a modo de aclaración, se debe mencionar que esta revisión de la literatura que proponemos no es sin duda alguna la totalidad de todo el material posible, lo cual resultaría inabarcable en este momento de la tarea; pero que de todos modos permite esbozar que visión propone el psicoanálisis frente al tema en cuestión. Se realizará entonces, menciones a autores que resultan ciertamente más reconocidos por esta disciplina, así como también trabajos de otros autores que quizás no sean tan leídos como los primeros; pero que aún así presentan ideas y visiones muy interesantes. Dicho esto, pasemos a presentarlos.

3.2.1 - *Los vértices de nuestro tiempo: distintas perspectivas desde dónde pensar.*

Iniciamos este apartado presentando dos trabajos, uno realizado por Silvia Flechner, y otro por Liliana Lamovsky, quienes desde distintas miradas han abordado el tema de la agresividad. Creemos conveniente comenzar por presentar sus obras, en tanto, consideramos que se trata de textos que permitirán al lector comprender de modo más cabal, el desglose de los distintos tópicos que iremos desarrollando en esta sección de la tarea.

Comenzamos entonces, mencionando un artículo de Silvia Flechner, quien ha realizado muchos trabajos y estudios principalmente sobre la adolescencia. El material que tomamos de ella publicado en la Revista Uruguaya de Psicoanálisis en el año 2003, intenta ocuparse de las nociones de agresividad y violencia haciendo foco justamente, en los adolescentes. La importancia que tiene este texto para los propósitos de nuestra tarea, reside en el desarrollo que hace la autora de cómo la teoría psicoanalítica ha construido y desarrollado conocimiento sobre estos procesos. Dicho de otro modo, lo interesante de este material que nos trae Flechner, es precisamente afirmar lo que ya hemos trabajado principalmente desde Freud sobre la cuestión de la agresividad; y ver como otros autores concuerdan con las apreciaciones del autor, lo cual permite aseverar la actualidad de su obra.

De esta forma, la autora inicia su texto, haciendo un recorrido histórico por el concepto de violencia y agresividad, situando precisamente a ésta última como inherente a la condición humana gracias a la primacía de la cuestión pulsional, fundamentalmente de la pulsión de muerte, coincidiendo por tanto, con el pensamiento freudiano (Flechner, 2003, p 165).

Continuando en esta línea, Flechner hace dialogar a otros autores con la obra freudiana; en dónde por ejemplo Laplanche & Pontalis, así como M. Klein, refuerzan las acepciones del autor, en cuanto al entrecruzamiento pulsional como agente generador de las actitudes agresivas, principalmente en la primera infancia. Con esto dice Flechner, coincide Winnicott, quien esboza además que la agresividad en el infante se presenta por la idea de romper aquellos objetos que se alejan de él, y que por lo tanto dejan de ser incorporados para pasar a ser destruidos.

En cuanto a la idea de *violencia*, la autora nos presenta a Green, quien brinda una característica muy interesante sobre la misma, y ésta es considerar la negatividad del hombre como un agente que promueve un tipo de violencia dónde lo que se busca es hacer desaparecer al otro (Flechner, 2003, p. 166). Asimismo, se mencionan otros autores que profundizan en este concepto, como Bergeret, Misés, y Piera Aulagnier, quienes discuten sobre el carácter de la violencia como un rasgo inherente y/o fundamental de nuestro desarrollo psíquico.

Finalmente, la propia Flechner realiza un cuestionamiento sobre la diferenciación de los términos de violencia y agresividad en el ámbito clínico en dónde de acuerdo a sus palabras, las líneas que separan una noción de la otra son muy difusas e intentar delimitarlas puede resultar un problema. Por ello plantea la importancia de tener en cuenta los aspectos pulsionales, narcisistas y objetales, en dónde ambas nociones se entrecruzan (Flechner, 2003, p. 169).

Siguiendo con el estudio de este fenómeno, es menester presentar el trabajo de Liliana Lamovsky, en dónde se intenta pensar en el lazo social a partir de la obra del psicoanalista Fernando Ulloa. Según la autora, las relaciones sociales se encuentran entretejidas en nuestro tiempo por las características del capitalismo financiero y de la globalización, siendo estos procesos promotores del desgastamiento de vínculos de reciprocidad y solidaridad. Sobre este punto, dice Lamovsky:

En nuestra época, el modo del lazo social está degradado por el desprestigio de la función pacificante del amor y de la palabra en tanto pacto, arrastrando a los sujetos a padecer un goce mortífero que impone tanto la destrucción del otro como la propia. En

tanto, la lógica del mercado y el consumo aplanan las diferencias entre los sujetos en un proceso seguro y eficaz de asimilación, tendiente a hacer pasar por igual lo diferente que todo acontecimiento discursivo conlleva (Lamovsky, 2005, p. 1 -2.).

La lógica capitalista que caracteriza esta época, supone para Lamovsky, un sujeto que es fácilmente engañable, dado que el sistema genera un tipo de Otro capaz de resolver todos los problemas del sujeto y brindarle el nivel máximo de satisfacción en su goce; siendo este Otro, un producto más de la cadena de producción capitalista. Esto produce a su vez nuevas formas de acceso y de tipos de deseo. Para la autora, el deseo es como el sello distintivo, por así decirlo, de la subjetividad humana, que al igual que lo que vimos con Freud y Lacan, es el motor de la vida anímica del sujeto. Se señala que este contexto capitalista genera una desorientación del deseo, generando por el contrario un sentimiento de goce desmedido e irrefrenable (Lamovsky, 2005, p. 2).

En cuanto a la idea de goce se plasma que él mismo, es producto de una pérdida de la capacidad del sujeto por encontrarse realmente con los otros. Es como si hubiera una mezcla de aislamiento y aglutinamiento dependiendo de cada situación, siendo estos extremos del lazo social actual, los responsables en cierta forma de la fragmentación del sujeto, fomentando más bien la idea de individuo. Esto tiene relación con lo que líneas posteriores en su trabajo presenta sobre el pensamiento de un narcisismo en el sujeto que ya ha llegado a su máximo nivel de desarrollo, alejando así al sujeto del lazo social, de la comunicación y la reciprocidad (Lamovsky, 2005, p. 2).

Prolongando su análisis, la autora hace un recorrido por la obra de Ulloa presentando el interés de este autor por la obra freudiana sobre el estudio de la cultura. Lamovsky sugiere que el modelo de producción capitalista es productor de desigualdades sociales, fragmentación social y por supuesto inequidades. Frente a esto sostiene la idea de Ulloa sobre la consideración de la violencia como presente en la base de la comunidad debido a la marginación y la pobreza, en donde este autor considera que la violencia surge así, como un dispositivo sociocultural que promueve la impunidad (Lamovsky, 2005, p. 3). Finalmente el texto se centra en sus últimas páginas, en el trabajo de Ulloa como un promotor para pensar las desigualdades sociales. Se concentra en el trabajo que el autor ha realizado a nivel social, promoviendo un enfoque para pensar la problemática social de la marginalidad y la desigualdad como un acto analítico, que permita desarrollar un pensamiento crítico sobre el cual hacer frente a las mismas.

Puede resumirse e interpretarse que lo que plasma la autora a través del trabajo de Ulloa es la idea de producir un deseo social común, alejado de lo narcisista, de lo individual, como una alternativa frente al modelo masificante que propone el capitalismo; por el contrario se busca promover un deseo construido desde lo simbólico, fomentando la producción subjetiva, y por tanto la formación de un sujeto social, reforzando sus vínculos; ésta es la idea de clínica que propone Ulloa y que Lamovsky nos intenta brindar en su trabajo (2005, p. 3 - 4).

Continuando con el estudio de la agresividad en el contexto social actual, es que proponemos en este momento, hacer alusión a diversos trabajos y artículos de distintos autores, que como dijimos, tal vez no sean los más tomados en cuenta en los distintos espacios académicos que habitamos, pero que aún así consideramos muy valiosos para vislumbrar como se trabaja frente al tema que nos convoca en distintos lugares de nuestro continente, principalmente en el Río de la Plata, región en donde la producción de trabajos de índole psicoanalítica abundan.

Es por ello que hemos decidido presentar a continuación un artículo de Felipa Concepcion Troilo Moya de la Universidad de San Luis, Argentina (2010) quien propone pensar la agresividad y la violencia emparentada con el concepto de *goce*. Esta idea la despliega debido a la noción de goce como un aspecto imposible de vivenciarse, y que por lo tanto solo puede ser representado de una manera que ella llama *sustitutiva*. De este modo la agresividad emerge como una expresión de ese goce sustituto y por lo tanto representado mediante ella. De esta forma la agresividad es un retoño del goce denegado (Troilo Moya, 2010, p. 473, párr. 4).

De un mismo modo, esboza que el deseo como empuje de la vida anímica, lleva al sujeto a intentar cumplir con todos sus mandatos libidinales saciando su deseo, pero al igual de lo que vimos con Freud, este deseo se encuentra frenado por distintas barreras que amenazan su realización. Es por ello que la autora describe en cierta forma el surgimiento de la agresividad, como un agente mediador del deseo frustrado, en donde una forma de manifestarlo es precisamente mediante la agresión (Troilo Moya, 2010, p. 473, párr. 5). Asimismo, concuerda con la lectura de Freud, acerca de la agresividad pensada como inherente a la condición humana, y que por tanto existimos desde la agresividad y al mismo tiempo somos objeto de ella, planteando finalmente que la misma forma parte de nuestra arqueología (Troilo Moya, 2010, p. 473, párr. 15).

Nuevamente Felipa Troilo Moya, junto a Lorena Bower (2011), proponen un nuevo texto en dónde, si bien no profundizan mucho más acerca de la cuestión de la agresividad y la violencia respecto a lo que vimos en el texto anterior; describen un modo interesante para pensar el rol que ocupa el sujeto en el contexto social actual. En otras palabras, hacen foco en las nuevas subjetividades humanas marcadas por un sujeto narcisista que todo lo consume, siendo esto clave de su goce. Incluso se muestra el propio sujeto como objeto de dicho goce. Éste narcisismo promueve además, que el sujeto se enfrente a otro sujeto también narcisista, en tanto ambos son hijos de un mismo tiempo dónde la humillación, el desprecio de uno hacia el otro, despierta en el agraviado un sentimiento de hostilidad que puede desencadenar la ebullición de la agresividad, produciendo, en palabras de las autoras, una des-humanización del otro (Troilo Moya & Bower, 2011, p. 764, párr. 5).

En este artículo vemos una concordancia con lo visto en Lamovsky, en cuanto a la idea de pensar la agresividad en relación al modelo de producción capitalista, lo cual permite recapacitar sobre este tema, vinculándolo a fenómenos de fragmentación social, dado que el modelo capitalista produce como es bien sabido, desigualdades. Sería interesante pensar entonces, si la fragmentación social, que ya de por sí puede ser considerada violenta, no promueve a su vez, nuevas manifestaciones agresivas.

No escapa a esta lógica el artículo de Amelia Imbriano, titulado *La globalización y la violencia* (2004), en dónde la autora propone reflexionar sobre la cuestión de la violencia vinculándola con el modelo capitalista global, pero desde un enfoque que enfrente la violencia con el derecho. En relación a esto sostiene que el modelo actual genera desigualdades en donde inevitablemente se forman dos bandos: existiendo por un lado los privilegiados y por el otro, naturalmente los desprotegidos. Para Imbriano, esto genera ya de por sí una trágica social en dónde la violencia corre unidireccionalmente (donde los fuertes vencen), estando además solapada de un valor utilitario (Imbriano, 2004, p. 2).

Ahora bien, este valor de utilización, no supone la idea de aniquilar al otro (desprotegido) sino que por el contrario, presume como dice la autora, dejarlo con vida, para someterlo, utilizándolo de acuerdo a la lógica de mercado. Es así que los violentos son los dominadores. Esto puede interpretarse como un sistema social que privilegia y promueve la violencia mientras sigan existiendo las desigualdades sociales. Esta violencia que como dijimos parece encararse desde una dimensión unidireccional, puede volverse en contra, si los vencidos, de acuerdo a Imbriano, se

reúnen para vencer a sus opresores. Pero aún así no se produciría ninguna igualdad tendiente a neutralizar las tendencias agresivas; sino todo lo contrario, habría dos bandos “matándose los unos a los otros”, aumentando y fomentando aún más la violencia como herramienta de dominio social. Agrega además que el derecho, entendido éste como marco legal que vele por la igualdad de los seres humanos, ha fracasado en su intento conciliador, justamente por estar hecho por quienes detentan el poder, político, económico y social; sosteniendo un clima de sometimiento devastador (Imbriano, 2004, p. 2).

Finalmente, su artículo no tiene un cierre muy alentador, dado que el oprimido se ha convertido en un objeto, que en un sentido cosificante del término, es valorado como un producto desechable. Pareciera entonces, no haber por el momento una salida posible a la problemática de la violencia mientras impere este modelo de producción social (Imbriano, 2004, p. 4).

Saliendo de esta visión que aborda al psicoanálisis en su vértice más social, presentamos a continuación uno de los trabajos de José Enrique de los Santos (2003), quien plantea la cuestión de la agresividad trabajada desde la obra de Hugo Bleichmar y de Lacan. Si bien su texto intenta dar cuenta de este fenómeno vinculándolo a la noción de transferencia negativa (tema este último que no abordaremos) es interesante traerlo a nuestra labor, dado que pretende dar cuenta de cómo la agresividad se manifiesta y experimenta en el encuadre de la clínica psicoanalítica. Dicho esto, es importante comenzar por la definición de agresividad que expone:

Comenzaré con una aproximación al tema a partir de la agresividad, que también llamaré odio o rabia, definiéndola, (coincidiendo en parte con la definición de H. Bleichmar, (Bleichmar 1998, p 221), como una fuerza o actividad tendiente a superar obstáculos que se oponen a la satisfacción de la necesidad, la demanda o el deseo; que permite al sujeto enfrentar al objeto o al sujeto que considera patológicos; que permite proteger y defender a ese sujeto amenazado en su integridad (Santos de los, 2003, p. 62, párr. 3).

Por su parte, al intentar pensar esta noción de agresividad en el campo de la clínica psicoanalítica, dirá que la misma le permite al sujeto fortalecer su imagen, transformar la visión que tiene de los otros, establecer nuevas relaciones subjetivas con los demás, corregirlas y transformarlas. Aclara que tal fin no es gratuito, dado que implica poner en juego la angustia, incluso si el otro se muestra hostil y vengativo (Santos de los, 2003, p. 64). Esto permite pensar que para el autor, la agresividad

dentro de la clínica puede ser valorada como un instrumento posible para producir un cambio psíquico en el sujeto. Y agrega:

Como decía, bajo la agresividad pueden agazaparse muchas cosas y todas pueden jugar como contenidos de la transferencia negativa. El analista debe estar atento a estos posibles contenidos en el contexto relacional de la sesión, descentrando el énfasis de lo meramente pulsional, del odio – pulsión. No se puede negar que hay una agresividad pulsional, innata o por implantación en el sujeto de la pulsión del otro o que reúne ambas vertientes, pero me parece que lo importante en psicoanálisis es resemantizar ese concepto, pensar cómo esa agresividad pulsional es activada o desactivada en la relación intersubjetiva y cómo se articula en la cadena significativa que sostiene la subjetividad. Porque la agresividad existe o consiste en lo psíquico en términos de representaciones, imágenes y significantes, es decir de combinatorias representacionales e imaginarias por donde circulan el deseo y el afecto agresivo (Santos de los, 2003, p. 64-65).

Para finalizar sobre este trabajo, diremos que su autor plantea la necesidad de tener en cuenta los contextos culturales en dónde la agresividad surge, ya que la misma, puede expresarse de distintas maneras. Pasaremos entonces a nombrar las distintas manifestaciones que él entiende permiten visualizar la agresividad, aclarando que no ahondaremos en ellas, dado que no se corresponde con nuestro propósito, pero sí entendemos pertinente, por lo menos considerarlas. Las mismas son: *sentimientos de culpa; alguna forma de patología narcisista; los celos y rivalidad edípica; la agresividad como instrumento-tecnología-estrategia del sujeto sobre el otro y sobre sí mismo; la agresividad como instrumento – tecnología – estrategia del sujeto para lograr la separación – individuación; y por último, la agresividad vinculada al sadismo* (Santos de los, 2003, .pp. 65 -70).

En suma puede pensarse que este texto, si bien no brinda una definición de agresividad distinta a la que hemos encontrado en otros autores, si plantea un nuevo enfoque en dónde la misma debe ser pensada dentro del campo clínico psicoanalítico, como un tema a abordar, como instrumento de análisis para fomentar un cambio en la estructura psíquica del sujeto, al mismo tiempo que vemos como tal fenómeno presenta diversas manifestaciones y pluralidad de sentidos que deben ser trabajados en sus respectivos contextos. Vemos además como este trabajo pretende reflexionar no solo sobre la idea de la agresividad como un rasgo característico de la condición

humana, sino también, situarla en el centro de la subjetividad del sujeto, en dónde intervienen necesariamente sus relaciones afectivas con los otros, incluido el analista.

Como cierre de esta segunda parte de la tarea, debemos señalar una interrogante que llama nuestra atención, y que por tanto merece ser planteada. Vemos por parte de algunos autores la utilización de los términos de violencia y agresividad como si se tratara de lo mismo, lo cual nos pone en alerta, ya que desde nuestra visión se trata de procesos que a priori, parecen ser distintos. Si bien en este trabajo no abordamos la problemática de la violencia como un tema a desarrollar, este hallazgo inevitablemente nos incita a pensar. Consideramos prudente tomarnos un tiempo para reflexionar sobre esta cuestión, y profundizar en ella si es posible en las consideraciones finales.

4- Consideraciones finales.

A lo largo de este Trabajo Final de Grado se ha propuesto analizar la relación entre el deseo y la agresividad desde el abordaje de la teoría psicoanalítica. La labor llevada adelante supuso transitar estas nociones por separado, visualizando como se han desarrollado, analizado y pensado.

Si bien pareciera que la tarea presenta las nociones de deseo y agresividad como si se tratara de caminos independientes, el final del recorrido nos lleva inevitablemente a su cruce. Dicho de otro modo; la pregunta que nos hicimos en la introducción, acerca de si existen en la constitución del deseo del sujeto aspectos que susciten en él tendencias agresivas, encuentra desde nuestra perspectiva, una respuesta afirmativa, la cual presentamos a continuación.

En tal sentido, y de acuerdo al desarrollo propuesto en este Trabajo Final de Grado, podría decirse que el niño en una etapa evolutiva de total indefensión, necesita de la agresividad para defender su deseo, para demandarlo, para procurar realizarlo; siendo esta agresividad la misma que en un futuro le permitirá precipitarse hacia nuevos lazos sociales. Dicho esto, y a tono con lo que hemos exhibido en la primer parte de esta monografía, puede considerarse al deseo y la agresividad como procesos que van de la mano, en por lo menos, los primeros momentos de vida del sujeto; momentos en los que ambos procesos resultan ser inseparables.

El párrafo anterior constituye entonces, la respuesta a la pregunta guía que mencionábamos líneas anteriores, eje central de esta tarea. Corresponde ahora, hacer alusión a distintos tópicos trabajados durante el proceso monográfico, los cuales permiten afirmar las consideraciones formuladas en dicha respuesta.

Cimentando estas consideraciones, podemos decir basándonos en la teoría de Freud y de Lacan, que el deseo resulta ser constitutivo del desarrollo psíquico del sujeto, y es por tanto lo que movilizará toda su vida anímica. No obstante, el camino hecho nos permite también afirmar, el establecimiento de la agresividad como constitutiva de la formación del yo, principalmente a partir de la lectura de Lacan. Pero ésta, no solo resulta ser fundante del yo (de acuerdo a ésta lectura) sino que además parece ser necesaria si la pensamos vinculada precisamente, al deseo.

Fundamentando esta última idea, y ahondando en la noción de deseo, advertimos en este trabajo, como tanto para Freud y así como para Lacan, queda

patente pensar el deseo emparentado con la estructura narcisista, justamente, del yo en formación. Conforme a esto, podría razonarse que la agresividad surge así en un primer momento, como una forma que tiene el sujeto de defenderse de aquellos objetos que lo alejen de sus fines placenteros y le impidan satisfacer sus demandas. En este punto se puede también añadir, como esta agresividad se expresa en la forma de sentimientos ambivalentes (amor-odio), principalmente hacia las figuras parentales. He ahí un importante punto de contacto entre el deseo y la agresividad.

En un segundo punto, este trabajo nos ha permitido visualizar como esta concepción de agresividad es mediada por la situación Edípica, situación a la que como vimos, ambos autores le dan una relevancia muy importante en la vida del sujeto. Al tránsito por el Complejo de Edipo se lo puede pensar (de acuerdo a lo trabajado) como un *agente regulador de la agresividad*. Aquí aparece la función paterna como mediadora entre el deseo del niño y la madre (principalmente desde la lectura de la obra lacaniana); permitiendo o mejor dicho habilitando, lo que posteriormente supondrá la proyección del infante a su desarrollo social, a su vida en sociedad, al establecimiento y surgimiento de nuevas formas de relacionamiento.

Si bien la lectura que hicimos de la obra freudiana acerca del Complejo de Edipo, supone considerar el surgimiento de sentimientos hostiles que el niño dirige hacia el padre (competencia inconsciente por el amor de su madre) con el cual posteriormente se identifica; la lectura lacaniana nos ha brindado otra perspectiva desde la cual pensar. De acuerdo a lo que vimos con este autor, la función paterna, tiene el valor de separar, de *despegar* (si se permite el uso del término) al niño del deseo materno, para que éste último no quede inundado, precisamente, por el deseo de la madre. Esto permite entonces entender el valor de la mediación de la función paterna en la relación del niño con su madre, como un aspecto inexorablemente necesario para el desarrollo psíquico del niño. He aquí la importancia de la situación Edípica. Esto debe considerarse entonces, como otro punto de contacto entre las nociones de deseo y agresividad desde nuestro enfoque.

Con estas indicaciones hemos pretendido enfatizar la respuesta a la pregunta madre de este Trabajo Final de Grado que presentamos anteriormente, y asimismo hacer visible la ruta trazada, principalmente en la primer parte del mismo.

En cuanto a la segunda parte de esta tarea, podría pensarse que la misma tuvo la intención de abordar la temática del deseo y la agresividad en el contexto social actual. Quizás hemos sido muy ambiciosos, ya que sin duda la literatura a este

respecto es amplísima y no hemos podido trabajarla en su totalidad. De todos modos, los autores presentados nos han permitido ver como el psicoanálisis trabaja hoy sobre esta problemática desde distintas perspectivas. Como consideración final sobre este punto, puede decirse que la obra freudiana sobre el tema de la agresividad permanece vigente, ya que en la mayoría de los artículos y textos que se han utilizado, la mención al trabajo de Freud ha sido un aspecto recurrente, lo cual nos permite argumentar su validez y actualidad.

Asimismo pareciera haber un tronco común en los planteos de la mayoría de los textos trabajados, en cuanto a asociar la agresividad como un rasgo del modelo de producción capitalista, expresada bajo la forma de desigualdades sociales; como una herramienta del sistema que utiliza al sujeto y que el sujeto utiliza para alcanzar sus objetivos, siendo estos, principalmente materiales. Se plantea además, que asistimos a un tiempo en dónde la idea de sujeto se torna difusa, y en cambio se vuelve más nítida la idea de individuo. Esto confluye en el desgaste de los lazos sociales y en la pérdida de solidaridad; en el aumento del narcisismo y de la frustración del sujeto, procesos estos últimos, donde la agresividad parece ser la salida. En cuanto al deseo, se sostiene la idea de considerarlo como desmedido e irrefrenable, vinculado a la noción de goce; en dónde la demanda actual de éste compromete al deseo. Esto explica precisamente la frustración del sujeto.

Finalmente, y de forma levemente alentadora, surge la idea de tomar la agresividad como un instrumento, que dentro del encuadre de la clínica psicoanalítica, permita generar un cambio en las relaciones del sujeto con los demás.

Como cierre de estas consideraciones sobre la segunda parte de este trabajo, es necesario explicitar a modo de *duda*, lo que ya ha sido esbozado al finalizar la misma. Como dijimos en su momento, en varias de las obras que brevemente se han presentado, se observa el uso de los términos de agresividad y violencia de forma indistinta; queda así, la percepción de su utilización como sinónimos. Este hecho supone, claro está, un análisis posterior, pensar en sus *porqué*; indagar los contextos sociales e históricos donde estas complejidades tienen lugar, discutir las y problematizarlas; cuestiones que merecen ser estudiadas sin dudas, en un trabajo ulterior. Aclaramos, que no se trata de ponderar las distintas visiones, viendo cual es la más acertada; por el contrario, si un aprendizaje nos deja esta tarea, es justamente el valor de pensar, problematizar y contextualizar los momentos históricos, culturales y sociales dónde los distintos fenómenos se producen y se desarrollan.

Por último, es necesario hacer algunas aclaraciones sobre distintos temas que aparecen mencionados a lo largo de este trabajo, pero que por distintas razones no han podido ser profundizados. Uno de ellos, es el tema de la *violencia*, al que líneas anteriores ya hemos aludido, planteando que sería interesante profundizarlo en otra tarea. Lo mismo ocurre con dos nociones que aparecen muy reiteradas por los autores, principalmente en la segunda parte de esta monografía. Ellas son, por un lado, la noción de *goce*, que surge allí, vinculado al modelo de producción capitalista; y por otro, relacionada también con la anterior, emerge la cuestión del *capitalismo* propiamente dicho, siendo éste presentado como un modelo de producción social que sostiene y cultiva la agresividad a través del consumismo y de la inevitable fragmentación social que el mismo produce.

Estos tres temas a los que hacemos referencia, merecen sin dudas, ser estudiados con mayor detenimiento. Sin pretender ningún tipo de excusas, dejamos constancia que de haber tenido el tiempo suficiente para poder profundizarlos, hubieran enriquecido enormemente a esta monografía, brindando mayor comprensión a los temas tratados. En este aspecto, surge la sensación de quedar en deuda con los lectores.

De todos modos, y para cerrar definitivamente este Trabajo Final de Grado, es necesario expresar la satisfacción que genera la tarea realizada, principalmente por el camino que nos ha permitido recorrer. La labor llevada adelante implicó el desafío de hundirse en la profundidad de la teoría psicoanalítica, tratando de ver como se aborda un tema tan complejo e interesante. Por supuesto que no hay nada consumado; este trabajo intentó ser simplemente una aproximación desde una disciplina plenamente vigente. Disciplina que no es, en absoluto, la única posible, sino que es nada más y nada menos que una ventana desde la cual asomarse a indagar; y es precisamente allí donde radica su mayor aprendizaje.

5- Referencias.

- Flechner, S (2003). De agresividad y violencia en la adolescencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 98, 163 - 183. Recuperado de:
http://www.apuruguay.org/revista_pdf/rup98/rup98-flechner.pdf
- Freud, S. (2008). El método de interpretación de los sueños. Análisis de un sueño paradigmático. (1ed. 15° reimp). En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 4, pp. 118 -141) Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1900)
- Freud, S. (2008). Sobre la psicología de los procesos oníricos. (1ed. 15° reimp) En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 5, pp. 504 – 593) Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1900)
- Freud, S. (2008). Tres ensayos de la teoría sexual. (1 ed. 15° reimp.) En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol.7, pp. 112 – 224) Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1901-1905)
- Freud, S. (2008). Tótem y tabú. Algunas consideraciones en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. (1 ed. 15ª reimp.) En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 13, pp. 9 - 162) Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1912 -1913)
- Freud, S. (2008). Pulsiones y destinos de pulsión. (1 ed. 15° reimp.) En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol.14, pp. 105 -134). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S. (2008). El yo y el ello. (1 ed. 15ª reimp.) En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 19, pp. 3 – 66) Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1923 - 1925)
- Freud, S. (2012) El malestar en la cultura. (2 ed. 13 ° reimp.) En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 21, pp. 58 – 140) Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1929 -1930)
- Gil, D. (2007). *Escritos sobre LOCURA Y CULTURA*. (1°. ed.). Montevideo: Trilce.

- Gushíken, R. A. (Junio, 1999) La rivalidad y los celos, fundamento del vínculo social. *Affectio Societatis*, 2(4), 1-5. Recuperado de:
<http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis/articloe/view/5409/4761>
- Imbriano, A. (Marzo, 2004) La globalización y la violencia. *Affectio Societatis*, 4(7), 1- 5. Recuperado de:
<http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis/articloe/view/5373/4725>
- Julien, P (1992) Mi querido semejante, mi espejo. En: *El retorno a Freud de Jacques Lacan*. (pp. 31 - 41) México: SITESA.
- Lacan, J. (2008) El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. (2° ed.) En. *Escritos* (vol. 1, (pp. 99 -105) Buenos Aires: Siglo XXI (Trabajo original publicado en 1949)
- Lacan, J (2008) La agresividad en psicoanálisis. (2° ed.) En *Escritos* (vol. 1, pp. 107-127) Buenos Aires: Siglo XXI (Trabajo original publicado en (1948)
- Lacan, J. (2013) El Seminario. Libro 4. *La Relación de objeto*. (1956) Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2013) El Seminario. Libro 5. *Las Formaciones del inconsciente*. (1958) Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964) El seminario. Libro 11. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lamovsky, L. (2005) Psicoanálisis y lazo social. En: Taber, B; & Altschul, C. (Comp.) *Pensando Ulloa*. (pp. 1-5) Buenos Aires. Recuperado de:
http://www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline_547.pdf
- Laplanche, J. & Pontalis, J. (2009). *Diccionario de Psicoanálisis*. (2ª. Ed.) Barcelona: Labor.
- Pommier, F. (2013) *Pulsión agresiva y proceso adolescente*. Presentado en Conferencia de APU (Asociación Psicoanalítica del Uruguay) Traducido por: Elena Errandonea. Título original: *Pulsion aggressive et processus adolescent*.

Recuperado en: <http://anterior.apuruquay.org/sites/default/files/POMMIER-PULSI%C3%93N-AGRESIVA-Y-PROCESO-ADOLESCENTE.pdf>

Santos de los, J. E. (2003). Agresividad y transferencia negativa. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 97, 60 - 73. Recuperado de:

http://www.apuruquay.org/revista_pdf/rup97/rup97-delossantos.pdf

Troilo Moya, F. C. (2010) *¿Quién se atreve a matar al mandarín? Violencia y agresividad en Psicoanálisis*. Presentado en II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. (pp. 473- 474) Facultad de Psicología -Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de:

<http://www.aacademica.com/000-031/874>

Troilo Moya, F. C. & Bower, L. (2011). *Esa «locura temporal»*. Presentado en III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. (pp. 764- 766) Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de: <http://www.aacademica.com/000-052/880>

Winnicott, D. (2009) *Realidad y Juego*. (2ª. Ed.) F. Mazía (trad.) Barcelona: Gedisa Editorial. (Trabajo original publicado en 1971)